

LA LECTURA

Jon McGregor, todo lo aislado que se puede estar

Aventura y tragedia conviven en esta ficción en la que el escritor disecciona la pulsión humana por contar y reflexiona sobre el lenguaje



CARMEN DE PASCUAL

En las últimas páginas de su anterior novela, *El embalse 13* (Libros del Asteroide, 2019), un hombre impetuoso, convaleciente de un ataque cerebral, escuchaba a sus vecinos cantar villancicos y, **pese a todo lo ocurrido en el pueblo, se instalaba cierta sensación de quietud**. También hay un ataque y un final casi tranquilo en lo nuevo de Jon McGregor (*Bermudas*, 1976), que vuelve a revelar su maestría para abordar las historias de lugares pequeños y cerrados.



La palabra para rojo

Jon McGregor

Traducción de Concha Cardeñoso. Libros del Asteroide. 296 páginas. 20,95 € Ebook: 9,99 €]

Este comentario puede parecer paradójico si se aplica a *La palabra para rojo*, una novela que son, en realidad, tres. Y más cuando **la primera de las tres empieza en la Antártida con el vértigo y la agitación de los grandes relatos de aventuras**: la Antártida no parece un lugar al que se le puedan aplicar esos adjetivos de "pequeña" y "cerrada" y, sin embargo, las limitaciones logísticas y el aislamiento que impone el medio la convierten en un espacio de encierro y de silencio.

Y el libro sigue con otras dos "novelas" -la de la mujer del protagonista y cómo su vida se estrecha por las consecuencias del ictus sufrido por un marido que ya sentía ajeno antes del accidente; y **la del proceso de recuperación de él, atrapado en su afasia, en un mundo en el que las palabras ya no sirven**- que acentúan el efecto constrictor que la enfermedad y la incertidumbre provocan.

También hay algo de paradoja (y de juego) entre el color mencionado en el título y el de la portada de esta edición: **el rojo y el verde, colores complementarios, que sirven como metáforas de lo ocurrido en esos meses:** la violencia, el peligro y la emoción representados por el rojo; y la esperanza, y la vitalidad a que el verde apela, como a la naturaleza, que - sea en el continente blanco o en un jardín de un suburbio de Cambridge- impone su propio ritmo incesante.

Ese ritmo, esta complementariedad, están muy presentes en la escritura de McGregor, **una escritura que se adapta, con un estilo sencillo y a la vez minucioso, al frío antártico, al extrañamiento de los cuidadores, a la desorientación del enfermo.** Y las tres palabras del título original en inglés (*inclinado-caído-de pie*, que aquí se utilizan como subtítulos de cada una de las tres subnovelas) revelan cómo van cambiando los protagonistas de cada una de ellas, cómo aguantan, caen y se levantan por imprevistas tempestades, oscilando entre la confusión y la esperanza, la frustración y la ternura.